

30 de mayo de 1946

Querido Sidney:

¿Te acuerdas de cuando me obligaste a asistir a quince sesiones de la Escuela de la Perfecta Mnemotecnia de Sidney Stark? Dijiste que los escritores que tomaban notas durante una entrevista eran maleducados, vagos e incompetentes, y que ibas a asegurarte de que conmigo no sucediera lo mismo. Mostraste tal arrogancia que te encontré insoporable y te odié por ello, pero aprendí lo que me enseñaste y ahora puedes ver los frutos de tu arduo trabajo.

Anoche fui a mi primera reunión de la Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernsey. Se celebró en el cuarto de estar de Clovis y Nancy Fossey (y también invadió un poco la cocina). En esta ocasión el moderador era un miembro nuevo, Jonas Skeeter, que debía hablar de las *Meditaciones* de Marco Aurelio.

El señor Skeeter se puso de pie frente a todos los presentes, nos miró con gesto grave y dijo que él no quería estar allí y que sólo había leído la absurda obra de Marco Aurelio porque Woodrow Cutter, su amigo más antiguo y querido, que ahora había dejado de serlo, lo había abochornado porque no leía. Todos nos volvimos hacia Woodrow Cutter. Éste, boquiabierto, nos miró a su vez con gesto de perplejidad.

«Woodrow —siguió diciendo Jonas Skeeter— cruzó mi campo y vino hasta donde yo estaba amontonando el abono. Traía un librito en las manos y me dijo que acababa de leerlo y que le gustaría que también lo leyera yo, porque era muy “profundo”. Yo le respondí que no tenía tiempo para ponerme “profundo”. “Pues debes buscarlo, Jonas”, me insistió. “Si lo leyeras, tendríamos mejores temas de conversación cuando fuéramos al Crazy Ida’s. Nos divertiríamos más mientras bebemos cerveza.” Eso hirió mis sentimientos, no os voy

a engañar. Mi amigo de la infancia llevaba una temporada tratándome con aires de superioridad sólo porque él leía libros para vuestro grupo y yo no. En anteriores ocasiones se lo había dejado pasar, “cada uno a lo suyo”, como decía mi madre. Pero esa vez fue demasiado. Me insultó. Me habló con prepotencia.

»Me explicó que Marco Aurelio había sido un emperador romano y también un guerrero poderoso. Que en aquel libro estaba escrito lo que opinaba de los cuados, una tribu de bárbaros que estaba esperando en el bosque para matar a todos los romanos. Y que, a pesar de la presión de esos cuados, se tomó la molestia de poner por escrito sus pensamientos. Que pensaba mucho, muchísimo, y que algunas de sus reflexiones no nos vendrían mal a nosotros.

»Así que dejé a un lado lo dolido que me sentía y cogí el maldito libro, pero esta noche he venido aquí para decir delante de todos: ¡Qué vergüenza, Woodrow! ¡Es una vergüenza que hayas sido capaz de poner un libro por encima de tu amigo de la infancia!

»Sin embargo, lo he leído y opino lo siguiente: Marco Aurelio era como una vieja, siempre estaba mirándose el ombligo y cuestionándose lo que había hecho o lo que había dejado de hacer. ¿Había obrado bien o había obrado mal? ¿Estaba el resto del mundo equivocado o lo estaba él? No, quienes iban equivocados eran los demás, y él decidió explicarles cómo eran las cosas en realidad. Una gallina clueca, eso es lo que era. Nunca tenía el más mínimo pensamiento que no pudiera convertir en un sermón. Seguro que ni siquiera podía ir a mear sin...»

En ese momento alguien exclamó:

«¡Mear! ¡Ha dicho “mear” delante de las damas!»

«¡Que pida perdón!», gritó otro.

«No tiene por qué pedir perdón. Se supone que ha de decir lo que piensa, y eso es lo que piensa. ¡Nos guste o no!»

«Woodrow, ¿cómo has podido herir a tu amigo de ese modo?»



«¡Qué vergüenza, Woodrow!»

A continuación, Woodrow se levantó y en la habitación se hizo el silencio. Los dos amigos se juntaron en el centro. Jonas le tendió la mano a Woodrow y éste le dio una palmada en la espalda, y acto seguido se fueron cogidos del brazo hacia Crazy Ida's. Espero que sea un pub y no una mujer.

Besos,

JULIET

P.D.: Dawsey fue el único miembro de la sociedad que por lo visto encontró divertida la reunión de anoche. Es demasiado educado para reírse a carcajadas, pero me fijé en que le temblaban los hombros. Por los comentarios del resto, deduje que había sido una velada satisfactoria, pero en modo alguno extraordinaria.

Besos otra vez,

JULIET

*De Juliet a Sidney*

31 de mayo de 1946

Querido Sidney:

Te ruego que leas la carta que te adjunto, la he encontrado debajo de mi puerta esta mañana.

Apreciada señorita Ashton:

La señorita Pribby me ha dicho que quería usted saber cosas de la reciente ocupación por parte del ejército alemán, así que por eso le escribo.

Soy un hombre menudo, y aunque mi madre dice que nunca he destacado en nada, no es cierto. Simplemente es que no se lo he contado a ella. Soy un campeón silbando. He ganado concursos y pre-

mios. Y durante la ocupación me serví de ese talento para acobardar al enemigo.

Cuando mi madre se quedaba dormida, yo me iba de casa a escondidas, bajaba sin hacer ruido hasta el burdel de los alemanes (perdone que emplee ese término), que estaba en Saumarez Street, y me escondía entre las sombras hasta que veía salir a un soldado. No sé si las señoras son conscientes de ello, pero después de esas citas los hombres no se encuentran en su mejor condición física. El soldado emprendía el regreso a los barracones y a menudo iba silbando. Entonces yo echaba a andar despacio detrás de él, silbando la misma melodía (pero mucho mejor). Él dejaba de silbar y yo no. Se detenía un instante, pensando que lo que había creído que era el eco en realidad era otra persona, oculta en la oscuridad y que lo estaba siguiendo. Pero ¿quién? Se volvía para mirar, pero yo ya me había escondido en un portal. Como no veía a nadie, reanudaba el camino, esa vez sin silbar. Entonces yo echaba a andar de nuevo, silbando otra vez. Él se detenía, y yo me detenía también. El soldado apretaba el paso, pero yo continuaba silbando, caminando detrás de él con fuertes pisadas. Finalmente, él regresaba a toda prisa a su barracón y yo volvía al burdel a esperar a otro al que acosar. Estoy convencido de que a más de uno lo dejé en no muy buenas condiciones para desempeñar sus obligaciones al día siguiente.

Ahora, si me perdona, voy a seguir hablando de burdeles. No creo que aquellas muchachas estuvieran allí por voluntad propia. Las traían de los territorios ocupados de Europa, igual que a los trabajadores esclavos de la organización Todt. No podía ser un trabajo agradable. Hay que decir a favor de los soldados que exigieron a las autoridades alemanas que dieran a las chicas una ayuda extra para manu-